

## Petunias en el aire

Juan Ramón Jiménez se dignó a abrir el libro por primera vez desde su muerte. A lo mejor encontraba pistas sobre su asesino. Posó su mano sobre la cubierta amarilla del diario. Leyó el nombre que estaba grabado en la parte inferior: Marga Gil Roësset.

Su corazón se apretó dolorosamente. Siempre la había admirado; el modo en el que moldeaba la arcilla, creando obras de arte armoniosas, su gran inteligencia artística y sus ganas constantes de aprender. Recordó su sonrisa tímida y su característico aroma a petunias. La admiraba y le tenía cierto cariño... pero la cosa quedaba ahí.

Abrió la primera página del diario y empezó a leer:

*5 de Mayo de 1927*

*Hoy he acabado de esculpir el busto de su esposa, Zenobia, y debo admitir que esta vez me he superado. Sé que le ha gustado mucho, pues su preciosa sonrisa me ha iluminado como la luz del sol radiante. ¡Qué suerte tenía la señora Zenobia!*

Juan Ramón suspiró. Él sabía que Marga sentía algo por él; sus miradas brillantes, sus sonrojos... Pero nunca lo había tenido mucho en cuenta, y para él era tan solo una buena amiga. Y quien fuera que la hubiera asesinado iba a pagarla muy caro.

Se frotó los ojos y siguió leyendo un buen rato, hasta que llegó a la última página. Estaba mentalmente agotado y sus ojos se habían puesto vidriosos, pero haría un último esfuerzo:

*23 de Febrero de 1928*

*No puedo más. Me consume la desesperación y la impotencia de tenerlo tan cerca... y al mismo tiempo tan lejos. Nada tiene sentido sin el amor Juan Ramón. Probablemente no tenga ni idea de lo que siento, pero no sería capaz de decírselo, y de todos modos, ¿De qué serviría?. ¡Ay, tonta de mi! Hoy pondré fin a mi tormento de una vez.*

Juan Ramón quedó un rato mirando la página, ensimismado. Marga... se había quitado la vida. Por su culpa. Cerró los ojos, sintiendo como una intensa

tristeza comenzaba a asentarse en su pecho. ¿Qué podría haber hecho él para evitarlo? Lamentarse carecía ya de sentido, pero sentía el remordimiento recorrerlo.

Suspiró y entonces sintió una mano pasarle por la espalda y se sobresaltó. Se giró, pensando que era su esposa Zenobia, pero tras él no había nadie. Que extraño... porque entonces un olorcillo a petunias invadió el aire, como si ella estuviera justo ahí a su lado.